

PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA: ESTUDIOS DE LIDERAZGOS FEMENINOS EN BOGOTÁ Y CUNDINAMARCA (COLOMBIA)

*Dennys Andrea Cortés Ramírez, Gladys Parra Alfonso,
Facultad de Psicología, Universidad Cooperativa de Colombia, Villavicencio - Colombia;
María Elvia Domínguez Blanco,
Departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá - Colombia*

ABSTRACT

The present study is aimed to identify psycho-social factors underlying participative processes among Colombian women. Semi-structured and in-depth interviews were made to seventeen (17) women leaders, both young and adult, working in social organizations in the city of Bogotá and the department of Cundinamarca, in the communitarian, political, cultural and unionized sectors. The analysis followed a critical social psychology approach and a gender approach. The study revealed that the main motivations for these women to get involved in that type of work were related to a greater access to goods and services. Participation in several organizations and social networks made easier empowerment processes on the personal, close and collective relationships levels.

Keywords: Political psychology, gender, participation, leadership, narratives.

RESUMEN

El objetivo de este estudio fue identificar los factores psicosociales que subyacen a procesos participativos en mujeres colombianas. Se realizaron entrevistas semiestructuradas y en profundidad a diecisiete (17) mujeres líderes, jóvenes y adultas que pertenecen a organizaciones sociales de Bogotá y Cundinamarca de los sectores comunitario, político, cultural y sindical. El análisis fue realizado desde las perspectivas de la psicología social crítica y de género. Se encontró que las principales motivaciones para iniciar la participación estaban relacionadas con el mayor acceso a bienes y servicios. La participación en distintas organizaciones y redes sociales facilitó procesos de empoderamiento en los niveles personal, de las relaciones cercanas y colectivas.

Palabras Clave: psicología política, género, participación, liderazgo, narrativas.

Las mujeres han estado históricamente marginadas de los espacios públicos porque se les han asignado roles en el espacio de lo privado principalmente. Esta situación hace interesante investigar a mujeres que se han resistido a este modelo y han empezado a ser parte activa de espacios de lo público, ganando un reconocimiento en los mismos y generando acciones para la transformación de sus condiciones socioeconómicas, de género e incluso la de los otros de su entorno, a través de la participación política.

Dada la actual importancia de la construcción de subjetividades políticas de esta naturaleza, se da inicio a una investigación enmarcada dentro de la psicología social crítica y

los estudios de género. La primera tiene en cuenta el contexto social, y en particular, el análisis de la ideología y del poder. La segunda perspectiva, considera el género como una categoría política que encierra relaciones de poder, en las que la mujer ha tenido un lugar subordinado y marginado. El análisis de esas relaciones de poder contribuyen a la comprensión y a la transformación de las mismas, tomando algunas veces formas de acción a través de procesos de empoderamiento.

SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

En la década de los noventa, se renueva el interés por los estudios de socialización política que, según Dudley y Gitelson (2002), en Estados Unidos se da por la preocupación sobre las raíces del compromiso ciudadano, lo que condujo a examinar cómo era el conocimiento político que tenían las personas. Sin embargo, en Latinoamérica se podría pensar que esta

atención a los procesos de socialización política responde a las dinámicas propias de comienzo de la década de los noventa en el hemisferio, en donde se acaba de pasar por la llamada “década perdida”; además, la transición hacia la democracia con la caída de regímenes militares en algunos países latinos, la creciente modernización y el fortalecimiento de los movimientos sociales conformados por los excluidos socio-históricos (mujeres, indígenas, desempleados, etc.) conduce a un interés investigativo diferente: el análisis de la resistencia, de lo diverso, es decir, la introducción de la “perspectiva emancipatoria”.

Es dentro de este contexto que se visibiliza la acción política de las mujeres como resultado de una resistencia al imperativo patriarcal que las condena al espacio de lo privado exclusivamente. En Colombia, existe un gran activismo de las organizaciones de mujeres, habiéndose estudiado su papel en el espacio público (Domínguez, 2003), pero sin haberse realizado estudios acerca de su proceso de socialización política. Los problemas que han recibido mayor investigación cualitativa en psicología relacionadas con género han sido: mujer y medios de comunicación, equidad e identidades de género en el contexto escolar, uso del tiempo libre, salud, y violencias de género (Larreamendy-Joerns, Henao, & Arango, 2006).

Existen varias definiciones sobre socialización política pero aquí se retoma la hecha por Martín-Baró (1986) que se enmarca dentro de la perspectiva crítica de la Psicología social. Para este psicólogo la socialización política “es la formación individual de una realidad y de una identidad personal en cuanto son o no congruentes con determinado sistema político” (p.12).

Los distintos procesos de socialización política pueden conducir a una actitud alienada o pasiva y de conformismo frente al orden socialmente establecido o a una actitud transformadora que lleve a la participación política que para esta investigación se define como la acción, reacción y transformación de los fenómenos políticos por parte de los individuos y los grupos, no limitada a las formas de actuación meramente reactivas (D'Adamo, García, & Montero, 1995).

Tanto desde los espacios convencionales e institucionales, como desde los no convencionales e instituyentes (Montenegro, 2004; Sabucedo, 1988), las mujeres han venido abriéndose campo, dando origen a nuevos estilos de liderazgo propiamente femeninos que han dinamizado los distintos movimientos sociales.

En Colombia y otros países latinoamericanos en los últimos años se han hecho esfuerzos por abrir los espacios de participación para la mujer, pero las estadísticas muestran que sigue siendo menor la participación política de las mujeres que la de los hombres (Bernal, 2006; Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer, 2004), lo que da indicios de una subjetividad política femenina aun subordinada que lleva a la propia relegación de los espacios de poder. Sin embargo, cada vez más mujeres se interesan por participar en espacios de lo

público y acceden cada vez más a cargos de mayor incidencia política.

Desde el punto de vista de la psicología este incremento paulatino de la participación de la mujer es el motor y el resultado del interés de ésta por ser la constructora y protagonista de su propia historia. Esta motivación fundamental es para Hopenhayn (1988) la “voluntad de cada cual de ser menos objeto y más sujeto”, es decir que, cuando quien participa libera potencialidades previamente inhibidas se convierte en “protagonista de sí mismo en tanto ser social” (p.2).

Tanto los aprendizajes como las motivaciones anteceden a la participación social y política, aunque en algunas personas no siempre conducen a la acción y en otras puede expresarse a través del ejercicio del liderazgo.

LIDERAZGO POLÍTICO

Se ha abordado el estudio de este proceso psicosocial preguntándose si las características del líder de alguna manera son rasgos personales que llevan a ello. Si bien, la existencia de algunos rasgos y características de personalidad facilitan la función y el rol del líder, es precisamente en el proceso de socialización donde estas pueden ser potenciadas, expresadas, y algunas veces aprendidas.

De esta manera el líder no se define por si solo y unas características particulares de personalidad, sino que se define en el entorno de las relaciones sociales (de grupo y políticas).

El liderazgo político, a diferencia de otros liderazgos, persigue objetivos de naturaleza política, entre los que Sabucedo (1996) señala la reformulación o cambio en las metas grupales (que se refiere al apoyo o intento de modificación del sistema vigente) y la distribución de recursos y recompensas que puede implicar o no el cambio en el sistema.

En relación con los estilos de liderazgo se han identificado, entre otros, el liderazgo formal o titular y el informal o emergente. El liderazgo formal puede ser designado como una posición estructural en un grupo al que se asigna un miembro, al que se le otorga ciertos privilegios y deberes formales que crean expectativas en los demás miembros de su grupo. Aunque a veces este tipo de liderazgo formal no tiene tanta influencia en forma efectiva como los liderazgos emergentes, por lo que puede deducirse que los líderes emergentes no siempre son titulares (Hernández, 2006).

El liderazgo político expresado de manera carismática y autoritaria, y sus diferentes matices enmarcados en la cultura propiamente patriarcal, han limitado las posibilidades de acción de las mujeres. En un estudio realizado por Jones, Rosenthal y Rosenthal (2001) se concluyó que las jóvenes delegadas al Modelo de la Naciones Unidas del Suroeste

(Model United Nations of Southwest) en EE.UU., perciben la política como un espacio masculino e inalcanzable, dificultades que también han sido observadas por otros estudios en espacios de participación adulta como lo señala Jones et al. (2001) quien encontró que a las mujeres se les da menor acceso y credibilidad en las deliberaciones del Senado de EE.UU.

Lo anterior plantea nuevos retos para el ejercicio de los liderazgos desde las mujeres, que deben ser pensados desde una óptica diferente a la masculina, fundados en el reconocimiento y respeto de la diversidad, que posicione a las mujeres como protagonistas en la transformación de su posición y condición (Asociación Servicios de Promoción Laboral, [ASEPROLA]; Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, [CEP- Alforja]; Centro de Investigación en Estudios de la Mujer, Universidad de Costa Rica, [CIEM- UCR], & Centro Feminista Francisca Carrasco, 2002), que significa en muchos momentos transgredir el orden establecido.

Es por eso que los liderazgos femeninos se han venido construyendo de una manera colectiva desde los movimientos sociales y desde un poder con y desde y no de manera individualista, y con un poder sobre y para como los que plantea la lógica patriarcal (Rowlands, 1997).

MOVIMIENTO SOCIAL DE MUJERES: UNA ESTRATEGIA PARA EL EMPODERAMIENTO

La génesis de los movimientos de mujeres en Latinoamérica se ha constituido alrededor de tres espacios: uno por las necesidades, otro por los derechos humanos y el otro, propiamente por las reivindicaciones de la mujer como género (Saporta, Navarro, Chuchryk, & Álvarez, 1994). Igualmente, los movimientos sociales han generado nuevas maneras de pensarse las mujeres en los espacios sociales, dentro de los cuales el posicionamiento en lo público constituye un reto mayor por los condicionantes de género y las características socioculturales de América Latina. Por eso, el movimiento social de mujeres, busca a través del empoderamiento la participación de estas en los espacios de toma de decisiones y de ejercicio del poder con miras a dar forma a procesos transformadores.

Esta manera de participación de las mujeres se enmarca dentro del proyecto de construcción de democracia, en donde la participación “implica la posibilidad real del ejercicio de la toma de decisiones en las instancias de planeación, ejecución, fiscalización y gestión” (Dominguez, 1995, p. 58), en donde las organizaciones, y por supuesto las mujeres que las integran y que viven un proceso de empoderamiento, puedan intervenir en los niveles de decisión política y de generación de cultura en un sentido más amplio de transformación social.

MÉTODO

Diseño

La presente investigación fue de carácter empírico dentro del marco del enfoque cualitativo interpretativo a partir de relatos en primera persona de las diferentes trayectorias vitales de mujeres de la ciudad de Bogotá y Cundinamarca (Harre, 1982). La investigación desarrolla las fases del método biográfico en la psicohistoria política: (1) recolección exploratoria de entrevistas con mujeres asistentes a espacios de intercambio colectivo, (2) desarrollo de entrevistas en profundidad y (3) organización de los datos y el análisis de los mismos (Garzón, 1988).

Participantes

Mujeres colombianas, que viven y realizan su trabajo en el departamento de Cundinamarca y la ciudad de Bogotá, no todas oriundas de estos lugares, porque algunas provienen de otros departamentos como el Tolima, Cauca, Caldas, Santander, Magdalena y Antioquia.

Se entrevistó a diecisiete mujeres comprendidas entre los 17 y 53 años, de las cuales tres pertenecen al sector sindical, siete al comunitario, tres al político representativo y cuatro al cultural. Cuatro de las participantes en la actualidad viven y ejercen su liderazgo en municipios de Cundinamarca, las trece restantes lo hacen en la ciudad de Bogotá, unas en el ámbito de localidades y otras a nivel distrital, nacional y sectorial. Los casos o unidades de análisis se seleccionaron intencionalmente partiendo de los criterios de efecto generacional o de cohorte y pertenencia a un sector de participación. El efecto generacional es definido por Rodríguez (1988) y Villarreal (1998), como la influencia que tienen las experiencias históricas sobre un determinado grupo social y que desarrollan una conciencia, mentalidad o ideología común, especialmente dentro de los grupos de edad que se encuentran dentro de una etapa de estructuración subjetiva como lo son los niños y los jóvenes. Para este estudio se tuvieron en cuenta tres generaciones que vivieron en su niñez y/o juventud: a) los efectos sufragistas de la primera ola del feminismo (décadas de los cincuenta y sesenta), b) el desarrollo del feminismo (década de los ochentas) y c) la inclusión del enfoque de género en la política pública a partir de la constitución política colombiana de 1991.

El segundo criterio de selección de la muestra, el tipo de organización social a la que pertenecen, corresponde al espacio en el que las mujeres desarrollan su ejercicio político y que responde a diversas necesidades materiales o psicosociales de estas. Históricamente en Latinoamérica la incursión de las mujeres en los espacios de lo público se inició en el ámbito de lo comunitario y posteriormente se extendió a otros a partir de su incursión al mundo laboral y por la apertura a escenarios de política representativa (Saporta et al., 1994). Estos sectores de participación se definieron de la siguiente manera:

- a. Sindical: constituido por mujeres que pertenecen a organizaciones que reivindican los derechos de los trabajadores y trabajadoras desde diferentes sectores económicos y sociales.
- b. Comunitario: mujeres organizadas en torno a las necesidades barriales, locales y algunas sectoriales (e.g. negritudes).
- c. Político representativo: mujeres que han alcanzado un cargo por elección popular.
- d. Arte y cultura: mujeres organizadas que promueven el desarrollo social a través de lo artístico.

Los criterios escogidos para la selección de estas unidades de análisis son categorías transversales, que no pretenden hacer una reducción de los factores involucrados en los procesos de socialización y buscan recoger el sentido actual de sus experiencias participativas y políticas. Para esto, se contó con la participación voluntaria de por lo menos una mujer de cada uno de los espacios de participación y de los diferentes grupos generacionales, que para el estudio fue un total de diecisiete mujeres (incluyendo las dos mujeres del sector comunitario con las que se hizo el pilotaje del instrumento).

Instrumento

Se diseñó una entrevista semiestructurada, por ser la más conveniente para el objetivo del estudio, ya que este tipo de entrevista permite recoger la misma información de todos los participantes y profundizar en algunos temas de tal manera que no se pierda la esencia de la entrevista cualitativa que es la de facilitar pensamientos, opiniones, sentimientos y vivencias subjetivas de las personas, tal y como ellas perciben la situación.

La estructura de la entrevista también se evidencia por el hecho de que se establecieron categorías deductivas de antemano por parte de las investigadoras (Bonilla & Castro, 1997). Este instrumento se construyó a partir de dichas categorías, a partir de los supuestos teóricos sobre los agentes de socialización política y sobre la participación social y política, que dio como resultado la siguiente estructura general:

Categoría 1: núcleo familiar. Dentro de esta categoría se tienen en cuenta las siguientes subcategorías: a) Historia familiar pasada; b) Núcleo familiar actual.

Categoría 2: educación. Dentro de la cual se encuentra como subcategorías: a) Primaria; b) Secundaria; c) Estudios superiores.

Categoría 3: Trabajo.

Categoría 4: Participación social y política. Con las subcategorías a) Percepción de lo político; b) Participación; c) Político – laboral; d) Comunitaria; e) Política representativa.

Categoría 5: Medios de comunicación.

Categoría 6: Percepción de sí misma.

En la entrevista el enfoque de género se transversalizó a lo largo de la misma, porque se buscó explorar las diferencias y discriminación de género percibidas en los espacios de socialización, como movilizadoras de la acción social y política para la transformación de esa condición.

Procedimiento

Las entrevistas se realizaron durante dieciséis meses, tanto en Bogotá como en algunos municipios de Cundinamarca (Soacha, Fusagasuga, Funza y Tenjo) donde residían las entrevistadas. Cabe anotar que existen dos entrevistas más que por falta de disponibilidad de las entrevistadas quedaron incompletas, por tanto no se tuvieron en cuenta para la sistematización y análisis.

Los contactos se hicieron de diversas maneras: se dirigieron cartas a las organizaciones sociales solicitando ayuda para hacer un acercamiento a las integrantes que se adecuaban al perfil que se buscaba (edad y tipo de organización social), por referencias de terceros, por contacto telefónico y por solicitud personal (mujeres que ya eran conocidas).

En los primeros contactos con cada una de las mujeres, se les explicaba los objetivos del estudio, el esquema general de la entrevista, la duración aproximada de la misma y las formas de registrar la información, en este caso mediante registro magnetofónico. También se les hacía claridad sobre la confidencialidad de la misma y el compromiso de devolver un informe de los resultados que se obtuvieran al finalizar el trabajo de investigación.

Con anticipación se concertaba cada cita. Los días de la cita y la hora eran acordadas con las mujeres de acuerdo a su tiempo disponible. Aunque se sugirió que las entrevistas se hicieran en lugares tranquilos, libres de ruido o distracciones, en ocasiones éstas se realizaron donde las mujeres lo proponían, no siempre correspondiendo a las condiciones señaladas (oficinas, salones de reuniones, tiendas, etc.).

Las entrevistas tuvieron una duración de aproximadamente tres horas. Se les pedía a las mujeres que contestaran de acuerdo a su propia vivencia, sentimientos y opiniones, también que ellas determinarían los descansos durante la entrevista, así como cuándo terminarla y que se respetaría su silencio ante alguna pregunta particular que no quisieran contestar.

En general, las entrevistas se llevaron a cabo con una duración de una a cuatro sesiones separadas en tiempo, al final de cada sesión se acordaba una nueva cita. También se realizaron algunas observaciones, no participantes, de algunos de los espacios donde las mujeres realizan su accionar social y político con su previo consentimiento.

Una vez recolectada la información se procedió a la sistematización de la misma en diferentes fases, tomando como referencia la metodología propuesta por Bonilla y Castro (1997): transcripción de las entrevistas magnetofónicas, organización de la información por categorías deductivas, organización de cada entrevista por categorías inductivas, sistematización de resultados por categorías inductivas y agrupamiento por sectores de participación, comparación entre sectores de participación, planteamiento de hipótesis y patrones culturales a partir de los resultados sistematizados por categorías y sectores, búsqueda de evidencias en las entrevistas que permitieran corroborar o modificar las hipótesis y patrones culturales, formulación de nuevas hipótesis y patrones culturales, y sistematización final.

RESULTADOS

Las organizaciones iniciales en las que participaron las mujeres del sector comunitario fueron de tipo comunitario, electoral y estudiantil, que buscaban principalmente, reivindicaciones de grupos o sectores específicos: populares, estudiantiles y negritudes. Las mujeres del sector político empezaron en organizaciones de tipo comunitario y estudiantil, que buscaban incidir en problemáticas de tipo barrial o de su entorno inmediato. Las mujeres del sector cultural, en su mayoría empezaron en organizaciones ligadas al trabajo artístico, cultural y comunitario, y las mujeres del sector sindical, en organizaciones sindicales que buscaban la reivindicación de los derechos de los trabajadores/as. Estas primeras experiencias de participación orientaron los espacios en los que se desarrolló el proceso de liderazgo, e.g. las que iniciaron en espacios de tipo comunitario, estudiantil y electoral, desarrollaron su proceso en las líneas comunitaria y política, y las que lo hicieron en espacios culturales y sindicales desarrollaron su proceso en estos espacios respectivamente.

Las principales motivaciones para empezar a participar en organizaciones, para algunas de las mujeres de los sectores comunitario, político y cultural, estuvieron ligadas al mejoramiento de las condiciones de vida propias y de su entorno cercano, mientras que para las del sector sindical, principalmente a reivindicaciones en el ámbito laboral.

Estas primeras motivaciones estuvieron relacionadas con el mayor acceso a bienes o servicios, que se refieren al “deseo de incidir sobre un proceso colectivo de asignación de recursos con el objeto de procurar lo necesario para satisfacer necesidades o desarrollar potencialidades que hasta el momento permanecen insatisfechas o inhibidas” (Hopenhayn, 1988, p. 2). Otras motivaciones como: el ganar control sobre la propia situación y el proyecto de vida, el integrarse a procesos de desarrollo y el aumentar el grado de autoestima, fueron surgiendo una vez iniciados los procesos de participación, que a la vez hacen parte de los procesos de empoderamiento.

La participación social y política de las mujeres se dio a partir de unas necesidades sentidas, que correspondían a las

circunstancias que estaban viviendo en ese momento y que fueron independientes de la etapa del ciclo vital en la que se encontraban. En la actualidad, ellas tienen una participación activa en organizaciones y movimientos sociales de distinto tipo y la mayoría participa en más de una organización.

Las del sector comunitario pertenecen tanto a organizaciones como a redes sociales, cuyo fin es la defensa de unos derechos específicos (sexuales y políticos) para sectores particulares de la población (mujeres, grupos no heterosexuales y negritudes). Las del sector político realizan su trabajo en espacios de participación ciudadana en el ámbito local y departamental, representando principalmente sectores poblacionales como mujeres y jóvenes, además participan en redes de mujeres u otras organizaciones de desarrollo comunitario. Las del sector cultural, principalmente integran organizaciones pequeñas, en cuya constitución participaron activamente, orientadas en su mayoría al área artística y cultural, y algunas además son organizaciones de tipo sectorial (artesanos y madres comunitarias). Las mujeres del sector sindical participan en organizaciones sindicales, en donde algunas desarrollan su trabajo específicamente sobre la problemática de las mujeres trabajadoras.

La participación social y política ha influido en la tendencia a democratizar las relaciones afectivas. Para las del sector comunitario, político y cultural, la manera como se relacionan con su pareja ha cambiado con el paso del tiempo. Para las del comunitario y político, han pasado de ser relaciones tradicionales y de dependencia a relaciones más equitativas. Para las del cultural, los cambios en sus relaciones de pareja se ven reflejados actualmente en una mejor convivencia y las del sector sindical manifiestan una inconformidad con sus relaciones de pareja porque no han correspondido a sus expectativas.

Uno de los factores que refleja el empoderamiento personal y organizativo es el liderazgo. Si bien el liderazgo no se dio de manera intencionada en estas mujeres, si partió de unas condiciones personales (e.g. estilos cognitivos, habilidades sociales y rasgos de personalidad), que bajo unas circunstancias específicas se desplegaron y empezaron a desarrollarse hasta su posicionamiento como líderes en algunos espacios. De todas maneras, desde etapas anteriores estas condiciones ya se manifestaban en otros espacios de socialización, (e.g. el colegio, el trabajo, la universidad, etc.), pero hasta su participación social y política empieza a perfilarse este como un liderazgo político.

Este grupo de mujeres considera que el ser mujer sí ha influido en el proceso y ejercicio de su liderazgo, porque imprime un carácter particular ligado a su condición cultural de género, por ejemplo, algunas mujeres del sector comunitario, plantean que el ser mujer las ha sensibilizado en la defensa de sus derechos como tal y además consideran que ellas se han encargado de hacer visible a la mujer en espacios de representación.

Sin embargo, también identificaron obstáculos, principalmente de tipo cultural, para el ejercicio de su

liderazgo, como prejuicios, ejercicio de varios roles al tiempo, discriminación de género, prácticas tradicionales y patriarcales en el desarrollo de su trabajo como clientelismo, acoso y autoritarismo. De estas dificultades tienen mayor conciencia aquellas mujeres que han tenido una mayor y más diversa formación en género, sin dejar de lado que los espacios en donde es más dominante la cultura patriarcal son los que más le han presentado obstáculos a las mujeres por su condición de género y por tanto, suscitado mayores reflexiones en torno a esto.

Otras dificultades que plantean algunas de las mujeres en el ejercicio de su liderazgo están relacionadas con características personales y que surgen en la relación con otros/as, por ejemplo inseguridad, celos, calumnias, entre otros.

No obstante algunas de las mujeres de este estudio encontraron similitudes entre el liderazgo de mujeres y hombres principalmente en cuestiones de fondo tales como el compartir con algunos hombres objetivos, principios ideológicos y capacidades, pero con diferencias en la forma y estilo. Otras también encuentran que algunas mujeres, distintas de ellas mismas, asumen estilos patriarcales. Sin embargo se observó que algunas, sobre todo en espacios “masculinizados”, tienden a tomar estos estilos patriarcales probablemente porque estos medios lo exigen para sobresalir. En cuanto a la participación en espacios políticos más tradicionales, la mayor parte de estas mujeres se han vinculado a campañas políticas y algunas actualmente pertenecen a partidos políticos. Sin embargo, aun existe una (auto)marginación de los espacios de toma de decisiones de la política pública, lo cual evidencia un desequilibrio en el triángulo del poder, ya que casi todas hacen parte de la sociedad civil y pocas se encuentran en la política o como funcionarias públicas.

DISCUSIÓN

Para el análisis de la participación social de este grupo de mujeres se tuvo en cuenta los dos aspectos de orden psicosocial propuestos por Manzi y Rosas (1997) en su modelo de desarrollo de la ciudadanía, así como el aporte de otros autores. El primero de estos aspectos, hace referencia a las predisposiciones actitudinales en torno al sistema político que tienden a favorecer su permanencia o estabilidad como lo son lealtad, compromiso e identificación con el sistema político, sin convertirse en conductas de apoyo explícito al sistema. El segundo, en el que se hace énfasis aquí, se refiere a las predisposiciones actitudinales y comportamientos de carácter más específicamente políticos (sindical y político-representativo) como la participación social y política en tanto se definen como conductas esperadas de los actores de un sistema político, ya sea de apoyo al mantenimiento del sistema o de transformación del mismo.

En relación con el primer aspecto sobre las predisposiciones actitudinales, se encontró que la percepción de diferencias socioeconómicas, sentimientos de inequidad e injusticia, la no

suplencia de necesidades propias o del entorno, tales como: educación, buena alimentación, vestido, servicios, etc., la información y prejuicios que circulan en el hogar y otros espacios de socialización sobre el sistema político y la apreciación de un sistema inestable, entre otros factores, influyeron en los sentimientos de insatisfacción con la realidad existente y se constituyeron en motivadores de los posteriores procesos de participación de estas mujeres.

El segundo aspecto, permite afirmar que las formas de participación del grupo de mujeres de esta investigación son políticas, porque si bien la participación política es un “conjunto de actividades realizadas por un individuo o grupo con la finalidad de incidir en una u otra medida en los asuntos públicos” (Montenegro, 2004, p. 137), algunas formas de participación comunitaria realizadas por estas mujeres, aunque no se hicieron con el objetivo explícito de incidir en asuntos de esta naturaleza, si lo han hecho de manera indirecta.

En cuanto a las formas iniciales de participación, estas pueden clasificarse como no convencionales, entendidas como aquellas formas que rebasan los mecanismos de control de las instancias del poder constituido (Sabucedo, 1988). Estas formas de participación reflejan también la manera como históricamente han empezado a incursionar las mujeres en el espacio de lo público, ya que como sector poblacional había sido excluido hasta hace algunas décadas de la participación en formas convencionales más tradicionalmente políticas.

La percepción de necesidades particulares influyó en el tipo de espacio en el que se empezó a participar. Cuando estos espacios en donde se inició la participación posibilitaron el desarrollo de intereses tanto personales como colectivos, se continuó haciéndolo en esta misma línea de trabajo. Es así, que estas mujeres a través de la participación en distintas organizaciones, fueron delineando un campo de acción (comunitario, político, cultural y sindical) y unos tipos de participación (e.g. convencional, no convencional, institucional, etc.).

Estos campos de acción, llamados aquí “sectores”, se diferencian entre sí por su trayectoria y el papel que la mujer ha tenido dentro de los mismos, por ejemplo el sector político como tradicionalmente se ha concebido, ha tenido una más larga y mayor presencia en Colombia, mientras que el sector comunitario empieza a reconocerse hasta mediados del siglo anterior al formalizarse las juntas de acción comunal en 1957. Sin embargo, la presencia significativa de la mujer se ha dado más en este último sector, que en el político que es más antiguo. Esta ausencia de la mujer influye en un mayor arraigo de la cultura patriarcal, que plantea más obstáculos para la incursión y participación de ella en el sector político. El mismo análisis se podría realizar en relación con el sector sindical y cultural.

Igualmente, las mujeres que hacen presencia dentro de un mismo sector han desarrollado distintos niveles de participación dependiendo de sus procesos de socialización, sus distintas experiencias organizativas, sus estilos personales

y, en general, de su trayectoria de vida y de participación. Por eso se encontraron distintos niveles de participación y estilos de liderazgo en este grupo.

Los niveles de participación, que se refieren a la cantidad y calidad de dicha participación, están mediados por los roles culturalmente asignados a las mujeres (e.g. labores de secretaría), y por las “actitudes de reserva” que tienen las mujeres para avanzar (que también acoge el término “techos de cristal”), entre otros. Pero estas dificultades al interior de las organizaciones no han sido las únicas para la participación de estas mujeres, porque además están las relacionadas con los roles que en otros espacios tienen que asumir, principalmente con sus familias actuales (esposa y madre).

La participación de las mujeres es percibida algunas veces más como una oportunidad que como un derecho para las mismas. Es probable que por eso algunas de las entrevistadas se hayan exigido más a sí mismas dentro de sus organizaciones, como el asumir mayores responsabilidades y cargas que otros. Lo anterior se ha constituido en obstáculo en el desarrollo de la participación de las mujeres al interior de las organizaciones.

Los procesos de participación no solo han representado dificultades para estas mujeres, sino que también han producido cambios favorables en los miembros y las dinámicas del hogar, (e.g. las mujeres del sector cultural manifiestan que la relación con sus hijos/as ha mejorado). La incursión de las mujeres en los espacios de participación ha contribuido al desarrollo de estilos de crianza más democráticos de los que tuvieron ellas en su hogar de origen, lo que también corresponde a la transformación de las pautas de crianza en las últimas décadas (Aguirre, 2000; Puyana & Orduz, 1998) además, a una mayor concientización del trato diferenciado por género en sus hijos e hijas, sobre todo las que han tenido un acercamiento al discurso feminista y de género.

Se observó un vínculo entre las relaciones de pareja, el hogar actual y los espacios en que se ha desarrollado la participación. Los espacios “más comunitarios” (cultural y comunitario) permiten una mayor estabilidad dentro del hogar (familia nuclear), ya sea porque las mujeres ingresan a estos después de haberlo conformado o porque se ha llegado a negociaciones dentro del mismo. Un factor adicional es la cercanía de estos espacios al hogar, lo que contribuye a que la pareja y el núcleo familiar se vayan involucrando o los conozcan más de cerca. De otro lado, los espacios “más políticos” han afectado a la mayoría de las mujeres en el establecimiento y mantenimiento de relaciones de pareja, porque estos demandan más responsabilidades y tiempo, y confrontan más los roles tradicionales de las mujeres. A esto se suma las características propias de la pareja (grado de flexibilidad ante roles, compatibilidad de valores, etc.) que pueden facilitar u obstaculizar el proceso.

Si bien estas transformaciones en las relaciones al interior del hogar y en las formas de relacionarse con la pareja indican un grado de concientización de género, esta no fue una condición previa a la participación, sino al contrario, la concientización se

fue dando al entrar a los espacios de participación social y política, sin negar que se tenían unos “conocimientos” previos sobre la existencia del movimiento feminista y de género.

En cuanto al liderazgo, para la mayoría de estas mujeres se caracteriza por ser *emergente*, aunque unas pocas ejercen un liderazgo de tipo formal (Hernández, 2006). El nivel de influencia en el entorno en que se lleva a cabo el liderazgo ha dependido de la manera como se han posicionado como líderes en su entorno. Las líderes emergentes, que son la mayoría, influyen sobre el grupo direccionando el comportamiento de sus miembros, ya sea como modelos, en cambios de actitudes, aumentando el compromiso y la participación de estos, y algunas en la difusión de conocimientos. La influencia de las líderes formales está condicionada por la institución a la que pertenecen, aunque no es una limitante para proyectar un liderazgo más emergente.

El liderazgo de estas mujeres se ha construido en un proceso personal y social desde su condición de género, clase e incluso etnia, lo cual se ve reflejado en el cómo se ven a sí mismas y en el cómo las perciben los otros como personas, líderes y mujeres.

El proceso de participación y liderazgo permite el despliegue y fortalecimiento de características y condiciones personales (e.g. inteligencia, perseverancia, altruismo, solidaridad, responsabilidad, etc.), que les han permitido un posicionamiento dentro de sus organizaciones, instituciones y comunidades, guiado en su mayoría por el propósito de incidir en un determinado espacio, lo cual indica un nivel de empoderamiento. En general, se asume que para ser una líder en la comunidad u organización se debe asumir un papel activo dentro de la misma, ya sea utilizando o desarrollando habilidades personales o conocimientos.

Los perfiles descritos por ellas corresponden a la imagen que describen de sí mismas como líderes, lo que indica un grado de concientización de su rol como tales en sus organizaciones y comunidades. Esta imagen de líder construida a lo largo de su proceso de participación también recoge elementos de la imagen que de ellas tienen los otros con quienes entablan relaciones en los espacios en que participan. Estas referencias de sí mismas y de los otros/as que no se contraponen, contribuyen a la conformación de una “identidad de líder” que de alguna manera ha estado dirigiendo su accionar como tal. A diferencia de un grupo de mujeres costarricenses (ASEPROLA et al., 2002), este grupo de mujeres sí se reconoce como líderes y para algunas esta condición ha llegado a ser parte de su proyecto de vida. Sin embargo, tienen en común con las costarricenses, el que su liderazgo es percibido como facilitador, ejecutor y en general basado en la acción, aunque algunas de las mujeres de esta investigación sí han proyectado su liderazgo a espacios de representatividad e incidencia en política pública.

Otro factor que ha atravesado el proceso de liderazgo de estas mujeres ha sido su condición de género, ya que los liderazgos en las organizaciones mixtas, ya sean políticas, sindicales o

comunitarias, han sido ejercidos históricamente por hombres (Buritica, 2000). Las relaciones de poder entre hombres y mujeres son asimétricas, así el déficit democrático se evidencia en los diferentes espacios sociales y presenta obstáculos para las mujeres a través de los que algunas y algunos han llamado el “techo de cristal” o “suelo pegajoso”.

Otros obstáculos que han sido descritos para el ejercicio del liderazgo femenino en los espacios de decisión son: invisibilización, exclusión (omisión abierta y deliberada), subordinación (considera a la mujer un objeto pasivo) y desvalorización (se les considera inferiores) (Jones et al., 2001). A pesar de estos obstáculos, el liderazgo desde las mujeres emerge como una nueva manera del ejercicio del liderazgo político. En general estas mujeres encuentran diferencias en el ejercicio del liderazgo entre hombres y mujeres, principalmente en cuanto al estilo del mismo, caracterizando el liderazgo de la mujer como más horizontal, afectivo y altruista, y el de los hombres como más autoritario e individualista.

Estas diferencias en los liderazgos “femeninos” y “masculinos” ya se habían reportado en otros estudios como los de Kathleen (1995, citada en Jones et al., 2001), en observaciones realizadas al comportamiento verbal en los comités legislativos del estado de Colorado en EE.UU. donde encontró que las mujeres que presiden un comité emplean un liderazgo más comprensivo y cooperativo que los hombres, interrumpen menos que estos y su intervención comienza más tarde.

Sin embargo, como lo nota Jones et al. (2001), las instituciones políticas, agregando aquí algunos sectores sociales, recompensan más el estilo de liderazgo masculino caracterizado por ser competitivo, jerárquico y controlador, mientras el liderazgo femenino está caracterizado por la cooperación, la construcción de consensos y la colaboración (Eagly & Johnson, 1990; Rosenthal, 1998, citados en Jones et al., 2001).

Los procesos de socialización de estas mujeres han contribuido a que participen y participando han llegado a posicionarse como líderes dentro de sus organizaciones grupos e instituciones, lo que denota un proceso de empoderamiento de las mujeres a distintos niveles: personal, de relaciones cercanas, y colectivo.

Si bien estas mujeres han hecho un importante avance, en esta sociedad en donde opera la lógica del fatalismo y la subordinación, al vincularse a procesos políticos participativos y al posicionar sus distintos estilos de liderazgo dentro de las organizaciones e instituciones de las que hacen parte, aun les falta un liderazgo más “representativo” que permita posicionar las agendas de género y de las mayorías “desempoderadas” por su condición de clase, etnia o edad, en todas las instancias de poder.

Aunque son múltiples los obstáculos que se generan en la construcción de poder político desde las mujeres, no significa que se deba desistir del sueño de una sociedad democrática de

tipo matrístico, porque la democracia no puede ser la imposición de una verdad y un orden social, sino la conspiración para la realización de un proyecto nacional de convivencia (Maturana, 1997).

REFERENCIAS

- Aguirre, E. (2000). Cambios sociales y prácticas de crianza en la familia colombiana. *Diálogos 1*, 211-221.
- Asociación Servicios de Promoción Laboral, [ASEPROLA]; Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, [CEP-Alforja]; Centro de Investigación en Estudios de la Mujer, Universidad de Costa Rica, [CIEM- UCR] & Centro Feminista Francisca Carrasco. (2002). Sistematización. *Reconstrucción de Liderazgos Femeninos: Experiencias desde lo cotidiano, personal y colectivo*. San José de Costa Rica, Costa Rica: Autores.
- Bernal, A. (2006, Marzo). *Colombia: balance crítico de la participación política de la mujer en las elecciones para el congreso 2006-2010*. Trabajo presentado en el lanzamiento de la campaña “Más mujeres, más política”, Bogotá, Colombia.
- Bonilla, E., & Castro, P. (1997). *La investigación en las ciencias sociales. Más allá del dilema de los métodos*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes- Norma.
- Buritica, M. (2000). *Educación Empoderante; Metodología hacia el desarrollo humano “Escuela liderazgo político sindical femenino”*. Tesis de Maestría no publicada, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.
- Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer. (2004). Estadísticas sobre la participación política de las mujeres en Colombia. *Boletín del Observatorio de Asuntos de Género*, 1, 8-10.
- D'Adamo, O., García, V., & Montero, M. (1995). Introducción. Autores (Comps.). *Psicología de la acción política* (pp. 12-16). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Domínguez, M. E. (1995) Personalidad Democrática y Participación Real en Colombia. En M. C. Castro, M. E. Domínguez, & Y. Sánchez, (Eds.) *Psicología, educación y comunidad*. (pp. 47 - 63). Santafé de Bogotá: Editorial Almudena.
- Domínguez, M. E. (2003). *Género, mujer y desarrollo. Políticas de la presencia en la gestión local*. (Documentos CES, 9). Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales.
- Dudley, R., & Gitelson A. (2002) Political Literacy, civic education, and civic engagement: ¿A return to political socialization? *Applied Developmental Science*, 6(4), 175-182.
- Garzón, A. (1988) Psicohistoria y Psicología Política. En J. Seoane, & A. Rodríguez, (Comps.), *Psicología Política* (pp. 279-305), Madrid: Ediciones Pirámide.
- Harre, R. (1982). El ser social. *Una teoría para la Psicología social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hernández, A. M. (2006). ¿Son las mujeres diferentes a los hombres en el ejercicio político? *El cotidiano* 21(139), 41-49. Recuperado el 12 de febrero de 2007 desde <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/325/32512616.pdf>

- Hopenhayn, M. (1988, Julio). *La participación y sus motivos*. Trabajo presentado en el seminario de psicología, Bucaramanga.
- Jones, J., Rosenthal, C., & Rosenthal, J. A. (2001, septiembre). Preparing for Elite Political Participation Simulations and the Political Socialization of Adolescents. *Social Science Quarterly*, 82(3), 633-646.
- Larreamendy-Joerns, J.; Henao, J., & Arango, A. (2006). Emergencia de la investigación cualitativa en Psicología en Colombia: Un comienzo que aún no termina. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 7(4), Art. 31, (111 párrafos). Recuperado el 15 de marzo de 2007 desde <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/4-06/06-4-31-s.htm>.
- Manzi, J., & Rosas R. (1997). Bases Psicosociales de la Ciudadanía. En C. Pizarro, & E. Palma (Eds.), *Niñez y democracia* (pp. 65-96). Santafé de Bogotá, Colombia: Editorial Ariel.
- Martín Baró, I. (1986). Socialización Política: Dos temas Críticos. *Boletín de Psicología*, 5(19), 5-20.
- Maturana, H. (1997). Fundamentos biológicos de la democracia. En C. Pizarro, & E. Palma (Eds.), *Niñez y democracia* (pp. 43-64). Santafé de Bogotá: Editorial Ariel.
- Montenegro, M. (2004). La Investigación Acción Participativa. En G. Musitu Ochoa, J. Herrero Olaizola, L. M. Cantera Espinosa, & M. Montenegro Martínez, M. (Eds.) *Introducción a la psicología comunitaria* (pp. 135-163). Barcelona: UOC.
- Puyana, Y., & Orduz, C. (1998). "Qué mis hijas no sufran lo que yo sufrí": dinámica de la socialización de un grupo de mujeres de sectores populares. Estudio de caso sobre la región cundiboyacense. En L. Arango (Comp.), *Mujeres, hombres y cambio social* (pp. 24-82). Santafé de Bogotá: CES-UN.
- Rodríguez, A. (1988). Socialización política. En J. Seoane, & A. Rodríguez (Comps.), *Psicología Política* (pp.133-163), Madrid: Ediciones Pirámide.
- Rowlands, J. (1997). Empoderamiento y mujeres rurales en Honduras: un modelo para el desarrollo. En M. León (Comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres* (pp. 213-244). Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Sabucedo, J. M. (1988). Participación Política. En J. Seoane, & A. Rodríguez (Comps.), *Psicología Política* (pp. 165-194), Madrid: Ediciones Pirámide.
- Sabucedo, J. M. (1996). *Psicología Política*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Saporta, N., Navarro, M., Chuchryk, P., & Alvarez, S. (1994). Feminismo en América Latina: de Bogotá a San Bernardo. En M. León (Comp.), *Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina* (pp. 69-110). Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Villarroel, G. (1998). De tal palo tal astilla: patrones de socialización política en Venezuela. *Revista Interamericana de Psicología*, 32(1), 1-20.